

Con la facilidad de un bostezo

Diario del fin del mundo

MARIO MENDOZA

Editorial Planeta, Bogotá, 2018, 264 pp.

UN CORREO electrónico que Mario recibe de un viejo amigo le marca la ruta de su nueva vida. Daniel le cuenta cosas del pasado que son difíciles de procesar y le pide ayuda para aliviar su presente. Desde ese instante, Mario va armando un *collage* de hechos terribles que no piensa dejar de juntar hasta completar un cuadro oscuro. Ante un montón de imágenes e información que lo nublan, se pregunta por qué termina en medio de una labor investigativa de ese calibre, aunque también reflexiona, cualquier tarde en la que llueve en Bogotá, sobre si él es quien va detrás de historias, así sin darse cuenta. Al retomar el contacto con Daniel Klein, su compañero de universidad, entre palabras, recuerdos y largas horas en el teléfono —porque entre los dos hay una separación de continentes— se desarrolla la historia de esta novela que se apropia enteramente del narrador.

Enterarse de que una mujer que ambos desearon los lleva tatuados en sus piernas es solo el principio de un contacto que los reúne para ir al descubrimiento de una historia de mucho dolor. Tras recibir el mensaje de su amigo, Mario —como estrategia y en resistencia a que exista la obra— se escabulle, con una inevitable turbulencia psicoanalista y creativa, a armar las partes que juntan lo peor de lo macabro. Lo que va contando en estas páginas es que no hay límites en la crueldad y que tanto el impulso a seguir órdenes en la burocracia, como los caprichos del ego, son detonantes de los peores errores humanos.

Es desalentador el paisaje de Bogotá, donde la miseria y la pobreza aparecen inevitablemente en esta historia como una cruda imagen de la verdad. “Detestamos a cualquiera que sobresalga un poco” (p. 53) dice el autor, y aquello resulta igual de lamentable que la indiferencia de quienes someten a los más necesitados. *Diario del fin del mundo* nos conduce por pasillos y calles de la ciudad que dan ganas de

no tener en la cabeza y hacen pensar en la fortuna que tenemos quienes no hemos tenido que pasar verdaderos terrores.

“¿De qué sirve tanta cultura si uno no es capaz de echarle la mano al otro?” (p. 116) se pregunta el narrador ante la dualidad de nuestra vida, porque como monedas somos inciertos entre las dos caras y aquello, que lo hace evidente el narrador, hace sentir al lector que el autor se debate también entre esos extremos. Y los extremos se tocan con mucha facilidad. En *Diario del fin del mundo*, Daniel buscó alivio en la palabra divina y se convirtió en místico cristiano y después en guerrillero, hasta que un día se da cuenta de que podría estar siendo igual de funesto a quien sea que posiblemente haya secuestrado a su mamá desaparecida.

En medio de la lectura de archivos, el encuentro con un compañero periodista creyente de las teorías conspirativas, las conversaciones en la calle y las vigilancias detectivescas que ocurren una tras otra se revelan hechos históricos que tienen que ver con sociedades secretas en Suramérica y datos desconcertantes sobre la religión, la Iglesia y el fascismo. Sorprende el testimonio de una señora mayor que timbra en el apartamento del periodista para contarle que en Boyacá los nazis inseminaron vírgenes para que trajeran al mundo gemelos de raza superior. Aquello lo fraguó “el ángel de la muerte”, médico que hizo experimentos en la región a partir de sus obsesiones, en medio de la ambición por construir el Cuarto Reich.

El narrador también cuenta que se acuesta desanimado con lo que va encontrando, pero no deja ver casi nada de su verdadera personalidad, su sentido profundo, lo que lo motiva. El protagonista, con el mismo nombre del escritor, parece encerrarse en sí mismo. Se evidencia que consigue una ocupación o una nueva vida debido a aquella labor investigativa, la historia misma que es esta novela. Para contar prefiere usar las palabras como una cámara que solo registra, sin adornos, como un narrador que se ciñe a los hechos y a hablar poco de los propios sentimientos o de reflexiones profundas. En ese sentido, uno termina haciéndose una imagen de él a través de sus amigos o conocidos, de

los personajes de los que habla o de quienes ha compartido momentos de su vida.

A Mario no lo abandona la inquietud por entender la facilidad con la que se puede acabar con la vida del otro sin ser sádico o un enfermo mental, y a partir de experimentos que se describen en la novela se evidencia que una persona “común y corriente” puede ser un asesino de un momento a otro. Lo que cuenta el autor es que muchos de los nazis operaban solo por no faltar a la orden superior, porque el poder enceguece y la cabeza puede nublarse con mucha facilidad. *Diario del fin del mundo* nos lleva al momento en que Rojas Pinilla promovió la llegada de alemanes radicales y hubo un oscurantismo en el país, que también podría tener una relación con el asesinato de Gaitán. ¿Es cierto que Hitler vivió en Tunja? Testigos y fuentes en esta historia dan cuenta de rituales hechos por alemanes en Boyacá para invocar la fuerza que necesitaban los superhombres para poblar la Tierra. Pero la vida también demuestra que no todo es tan terrible, que existe el lado bueno de la moneda, pero hasta el final de la lectura estuve a la espera de leer ese contraste que nunca aparece. Algo aún más sorprendente si se entiende que el arte es un salvavidas y la imaginación el camino.

Seguir vivos es una oportunidad que nos da el tiempo o el azar para hacer algo más en este paraíso que es la Tierra, el lugar que nos dio el universo para vivir, entonces debemos hacer algo para normalizar el amor hacia el otro. La fatalidad siempre se acerca y desde que nacemos empezamos a morir. *Diario del fin del mundo* habla de otras plagas que pueden venir en forma de pandemia, catástrofe ambiental, guerra atómica, caos tecnológico o enfermedades psicológicas, así que mientras podamos seguir con la revolución de respirar la vida, solo queda hacerlo mejor y procurarlo alrededor; porque como seres humanos nos contagiamos lo bueno y lo malo con la facilidad de un bostezo.

Laura Latiff